

GUERRA Y RELIGION EN JUAN SANTOS ATAHUALPA.

Arturo Enrique de la Torre López.

IV Congreso Internacional de Historia de América. Granada, 1992

VV.AA. : *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo.* Granada, Diputación Provincial de Granada, 1994; vol. III, pp. 517-531

La impresión transmitida por la historiografía americanista tradicional sorprende por la aparente paz de la vida colonial, sin otras alteraciones que unos pocos levantamientos puntuales que sirven de contraste con la tónica secular. Las obras aparecidas desde 1970 están sirviendo para acercarnos a una imagen más aproximada a la real.

De entre los levantamientos utilizados como ejemplo de lo "*inhabitual*", se encuentra la revuelta de Juan Santos Atahualpa que junto a la de José Gabriel Condorcanqui aparece como fenómeno emblemático del s. XVIII. Ambos episodios no pueden ser considerados como precedentes de los movimientos emancipadores, debido a su carácter nativista y *anti-blanco*, siendo, en todo caso, un ejemplo para las élites criollas de lo que no debía ser la separación de la metrópoli.

Pese al intenso trabajo historiográfico de los últimos años, han pervivido sorprendentemente notables errores sobre el levantamiento selvático. Algunos de éstos son abordados en la presente ponencia.

1. ANTECEDENTES.

La Selva ha permanecido históricamente alejada de la trayectoria del Perú. Habitada por grupos amuesha y campas, ninguno de los conquistadores que tentó su anexión, desde épocas incaicas, logró incorporarla.

A la expedición infructuosa de Túpac Yupanki ¹, hay que sumar las de Alonso de Alvarado, de Ursua y otras tantas ², que no obtuvieron mejores resultados que algunos pájaros de hermoso colorido y la desazón de la derrota frente a una naturaleza hostil. Durante el s. XVII y principios del s. XVIII se iniciaron un nuevo tipo de incursiones de objetivos más altruistas que los de las huestes conquistadoras del XVI. Son las entradas

1. BETANZOS, Juan de: *Suma y Narración de los Incas*. Madrid, Atlas, 1987; p. 133 y ss.

2. VARESE, Stefano: *La sal de los cerros. Un aproximación al mundo campá*. Lima, Retablo de Papel, 1973; p. 102

evangelizadoras protagonizadas por religiosos en busca de la expansión del reino espiritual cristiano.

La labor en la cuenca del Perené correspondió a los religiosos de la Orden de San Francisco. La tarea fue en 1635 con la entrada de Fr. Jerónimo Jiménez ³ que fundó una capilla en un centro económico y religioso de la región: el Cerro de la Sal. Al empeño del fraile siguieron otros esfuerzos semejantes.

En general, la actitud de los naturales resultó poco receptiva a la evangelización, siendo necesario el apoyo de soldados que acompañaran a los frailes en su labor.

La presencia de los franciscanos y la arrogancia de los militares se convirtieron en elementos perturbadores, originando continuos levantamientos.

La primera revuelta importante fue protagonizada por el cacique de Catalipango, Ignacio Torote, que, aprovechando una reunión de franciscanos en Sonomoro, atacó sorpresivamente a los frailes:

*"...el día veinte de marzo de mil setecientos treinta y siete, en el que Ignacio Torote, Cacique y cabeza principal del pueblo llamado San Antonio de Catalipango, entro con toda la gente del dicho pueblo en el de Santa Cruz de Sonomoro (que era primero y principal de dichas Misiones) y quitó las vidas a tres misioneros sacerdotes de esta religión, a dos Donados de ella, como también a otros quince cristianos de dichas Misiones..."*⁴

La respuesta de las autoridades españolas fue un ejemplo de lentitud. Seis meses tardó en partir la columna encomendada de la represión. Cuando la expedición, mandada por el Gobernador Militar de Tarma, Pedro Milla, inició la búsqueda de Torote, éste ya se había puesto a buen recaudo de la justicia virreinal. Años después volvería a aparecer enrolado en las huestes de Juan Santos.

2. LA REVUELTA.

La mañana del 3 de Junio de 1742, dos negros fugitivos informaron a Fr. Manuel del Santo y a Fr. José Cabanes de sorprendentes sucesos en el interior de la Montaña. Un singular personaje, estaba alborotando los pueblos con un extraño mensaje:

*"Viene este Indio, que dice ser Inca del Cuzco (llamado Atahualpa traído por el río por un Curaca simirinchi, que se llama Bisabequi; y dice que deja en el Cuzco tres hermanos, uno mayor que él y otros dos menores; y que él tendrá poco más de treinta años; que su casa se llama Piedra. Su ánimo es, dice, cobrar la corona que le quitó Pizarro y los demás españoles, matando a su padre (que así le llama al Inca) y enviando su cabeza a España"*⁵

Las primeras noticias de Juan Santos, resultaban extrañas a la par que inquietantes:

3. ORTIZ, O.F.M., Daniel: El Perené. Reseña histórica de una importante región de la selva peruana. Lima, Imp. "San Antonio, 1978; p.21

4. *Solicitud presentada al Consejo, por Fr. José de San Antonio, en 11 de Junio de 1750.*; cit. en LOAYZA, Francisco: Juan Santos, el invencible. Lima, Los Pequeños Grandes Libros de la Historia Americana, 1942 p. 133 y ss.

5. *Carta de Fr. Manuel del Santo, Fr. José Cabanes y Fr. Domingo García a Fr. José Gil Muñoz* (2 de Junio de 1742). A.G.I., Lima, 541

"...que habló con los ingleses, con quienes dejó pactado que le ayudasen a cobrar su corona por mar, y que él vendría por tierra..."⁶

Los dos religiosos trataron infructuosamente de encontrar al misterioso personaje pero no lograron nunca su propósito. Otro misionero, Fr. Santiago Vázquez Caicedo, conversor de San Tadeo (Antis), sí pudo encontrarse con el caudillo, transmitiéndonos la única descripción directa de un encuentro con Juan Santos:

*"Llegó a dicho pueblo a las cinco de la tarde y al entrar en él halló a los indios dispuestos en forma de media luna. El padre gritó: 'Ave María'; y ellos por costumbre respondieron: 'Sin pecado concebida'. Cerraron los indios el círculo, cogiendo al padre en medio y luego le quitaron de las manos el báculo con la cruz que tenía. Salió el fingido inca, y saludándose ambos, el padre le preguntó su nombre y algunas oraciones en castellano, y rezó el credo en latín. Hizo sentar al padre, y mandó que le trajesen de merendar. Díjole después que había mucho tiempo que deseaba manifestarse; pero que Dios no le había dado licencia hasta entonces. Que venía a componer su reino, y que su ánimo era salir a coronarse a Lima; que no quería pasar a España ni a reino que no fuese suyo. Que el virrey podía tener a bien dejarle tomar posesión de sus reinos, porque de lo contrario a él y a su hijo les tirarían el pescuezo como a unos pollitos."*⁷

Las informaciones proporcionadas por los misioneros, canalizadas por su superior, el P. Fr. José Gil Muñoz⁸, llegaron al Virrey, Marqués de Villa García, que inició los preparativos con la celeridad que la experiencia aconsejaba, iniciándose las tres campañas represivas (1742, 1743 y 1746).

2.1. Las Campañas.

La primera campaña se organizó inmediatamente, distinguiéndose dos fases. La primera, de carácter conservador, consistió en el establecimiento de dos unidades de caballería que

*"manteniéndose en la raya de la Montaña y parajes a propósito, sirviesen así de resguardo a los que han de acometer a lo interior, como de cortar la comunicación y refrenar los pueblos de las serranías y demas de las provincias referidas, impidiendo que salte a ellas alguna centella de inquietud"*⁹

La segunda, más ofensiva, concretada en el envío de una compañía de 150 indios, mandados por el cacique Don José Calderón Conchaya, con la misión de internarse en la Montaña. Del mismo modo, se puso en marcha otra unidad más importante conformada por españoles y comandada por los gobernadores Milla y Troncoso. El objetivo era cercar a los rebeldes en las inmediaciones de Quisopango, donde se suponía que estaban concentrados los hombres de Juan Santos. La tropa, dividida en dos columnas dirigidas por cada uno de los comandantes partió de Comas -la de Troncoso- y de Tarma -la de Milla-.

6. *Ibidem*

7. AMICH, O.F.M., Fr. José: Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa. Lima, Milla Batre, 1975; p. 157

8. *Copia de la relación o carta escrita por el reverendo padre Fr. Joseph Gill Muñoz, predicador apostólico...a Don Domingo de Unda, síndico apostólico de dichas misiones en la imperial ciudad del Cuzco, en la que da noticia de la entrada que hizo en ellas el escandaloso apóstata y fingido rey Juan Santos Atahualpa, Apuinga Guanacápac, indio cristiano de dicha ciudad. Año de 1742.* cit. CASTRO ARENAS, Mario: La rebelión de Juan Santos.; Lima, Milla Batre, 1973; Documento nº 1

9. *Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada* (Lima, 7 de Agosto de 1742). A.G.I., Lima, 983

Mientras que la primera columna no tuvo problemas para alcanzar su *Línea de Coordinación* -Sonomoro-, la segunda no tuvo tanta suerte.

Antes de la partida, se acordó que, a falta de otros ingenieros militares, fuesen los mismos misioneros Fr. Domingo García y Fr. José Cabanes los que, acompañados por un grupo de naturales, los franqueasen las rutas, estableciendo puentes y preparando los caminos para la hueste. Sin embargo, durante este desempeño fueron atacados por los rebeldes, pereciendo ambos ¹⁰.

Mientras tanto, la expedición de Milla tardó en salir de Tarma y, cuando lo hizo, una parte, dirigida por el capitán Abia, quedó en rezagada. La vanguardia esperó en vano al segundo grupo en el Cerro de la Sal. Finalmente, sin noticias de la retaguardia y con informaciones de que los rebeldes se encontraban en el poblado de Eneo, Milla emprendió la marcha hacia esta localidad. El avance no pudo ser más desgraciado. La hueste fue atacada y, sin posibilidades de retroceder, trató de alcanzar Nijándaris, pero el recibimiento en este pueblo hizo necesaria la retirada hasta la Sal, en primera instancia, y a Quimiri, finalmente, a donde llegaron heridos casi todos los hombres ¹¹.

Troncoso, cansado de esperar en Sonomoro avanzó sobre Quisopango, donde los rebeldes habían almacenado un considerable arsenal. Tras dos días de progresión, los españoles arribaron a su objetivo. Pese a no conseguir el efecto sorpresa, el ataque fue un éxito completo para los españoles ¹².

Finalizada la acción, Troncoso dejó una pequeña guarnición en el poblado y se retiró. De esta manera, finalizó la campaña de 1742, interrumpida en este punto por la estación de lluvias.

Pasada la época húmeda, ya en 1743, los rebeldes aprovechando la confianza de las huestes gubernamentales ocuparon Quimiri, a lo que siguió la toma de Chanchamayo, auténtico acicate para los españoles que iniciaron una nueva expedición.

En esta ocasión, contamos con el minucioso relato que de la misma hizo el secretario de Troncoso, magnífico documento para seguir la progresión de la hueste represora.

Al igual que había sucedido en la entrada del año anterior, se dividió la expedición en dos columnas mandadas por el Corregidor General Alfonso Santa y Ortega y el Gobernador Troncoso. Las dos unidades partieron el día 15 de Octubre de Tarma y de Vitoc, manteniendo líneas de progresión paralelas.

El objetivo fue modificado a tenor de las noticias obtenidas, dirigiendo el esfuerzo principal hacia Quimiri, donde, al parecer, se concentraban los revoltosos.

10. AMICH: *op.cit.*; p. 158

11. *Ibidem*; p. 159

12. *Ibidem*; p. 159

Antes de alcanzar el pueblo y ya en orden de combate, hubo un primer encuentro, en el cerrito de Buena Vista, con lo que se pensó se trataba de "las avanzadillas" de los rebeldes. La escaramuza saldada con algunos disparos de granadería que pusieron en fuga al enemigo, sirve a Castro para resaltar la astucia de los hombres de Juan Santos, que habían conseguido enervar a los españoles que tuvieron que detenerse para recobrar el aliento ¹³.

Continuado el avance se tomó sin resistencia el poblado de Quimiri, a donde ambas columnas llegaron con unos minutos de diferencia.

El día 30 se decidió establecer un fuerte en el lugar y dejarlo al resguardo de una compañía al mando del capitán Fabricio Bartuli. Abandonada la localidad por el grueso de la expedición, llegaron noticias alarmantes de que Juan Santos había cercado a la guarnición española, conminándola a rendirse. Pese a las peticiones de auxilio que Bartuli envió a Santa, éste nunca socorrió el fuerte, que fue abandonado, finalmente, por los soldados, que perecieron al intentar romper el cerco.

Esta fue la derrota más importante sufrida por las tropas españolas durante toda la contienda y puso fin a la campaña de 1743.

Sin mayores logros, se reconsideró la estrategia planteada, llegándose a la conclusión de que era menester adoptar, en lo sucesivo, una actitud más conservadora:

"...el repetir entradas a la Montaña, sería consumir gente, armas y caudales, sin utilidad, porque en ella residen los Indios más como fieras que como racionales; allí se mantienen de la pesca y de la caza, sin reducirse a compañía civil, esparcidos en cortas habitaciones, que forman de árboles en el sitio...y, sin duda, con este conocimiento en los siglos pasados es tradición constante que no se sujetaron al Imperio de los Incas, ni éstos trataron de ampliar por aquellas partes su dominación...Se reflectó que las tropas más briosas que allí se introdujesen, perecerían sin gloria, consumidas de un trabajo infructuoso, sin el aliciente de los metales preciosos de cuyas minas se carece..." ¹⁴

Pero la decisión de las autoridades virreinales no fue entendida en Madrid, a donde había llegado la alarmante noticia de la presencia de una flotilla inglesa en las costas Pacíficas de Sudamérica ¹⁵. El Consejo veía la dejación del Virrey como un enorme peligro para la integridad del reino.

La consecuencia fue la sustitución del Villa García:

"Hallándose el Rey con noticias de que en las provincias del Perú hay varias inquietudes, y en las de Jauja y Tarma alguna sublevación, movida y fomentada por un indio mestizo....ha resuelto Su Majestad aplicar...todas las providencia que permite la actual constitución de la Guerra, y que pide la precisión de atender al remedio de aquel daño y evitar las perniciosas consecuencias, que de su continuación y aumento debe recelarse." ¹⁶

13. *Diario del Secretario de Troncoso* en Biblioteca Nacional de Lima, Sec. Manuscritos, to. no. 250, fol. 309 y ss.; cit. en LOAYZA: *op. cit.*; p. 140

14. *Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada*. (Lima, 16 de Agosto de 1744). A.G.I.; Lima, 983

15. *Carta de Sebastián de Eslava, Virrey de Nueva Granada, a Ensenada*. (Cartagena, 15 de Mayo de 1744). A.G.I.; Lima, 983

16. *Carta de nombramiento de Don José Manso*. (Madrid, 21 de Diciembre de 1744). A.G.I.; Lima, 983

El inmediato efecto del relevo fue la organización de una nueva entrada. En esta ocasión, el General José de Llamas fue el Comandante en Jefe de la fuerza, incrementada por tropas de Lima.

Al tiempo, se inició una política de celadas dirigida a crear disensiones entre los rebeldes que proporcionasen la captura de su caudillo. A tal fin, penetró en la Montaña el jesuita P. Irusta, quien acordó con el cacique Mateo de Assia la entrega de Juan Santos ¹⁷.

La entrada de Llamas, al igual que las precedentes, tuvo dos ejes de progresión, pero, a diferencia de éstas, se inició en plena temporada de lluvias. La razón de este extraño comportamiento era la persecución del efecto sorpresa. Si las cosas se llevaban a cabo tal como se habrían pactado, no sería necesario entablar combate ya que Assia entregaría a Juan Santos.

Los acontecimientos distaron mucho de lo planeado. Tal como habían advertido los prácticos de la región, las dificultades de la estación hicieron del avance una insufrible marcha y la columna hubo de replegarse sin emplearse a fondo en combate ¹⁸.

La entrada fue la más desastrosa de cuantas, hasta entonces se habían llevado a cabo.

La situación, al término de la expedición, no resultaba nada halagüeña. Desde hacía cuatro años, salvo limitar los movimientos de Juan Santos a la Montaña, no se había hecho nada por recuperar las posiciones perdidas.

La repetida falta de acierto de los virreinales dio esperanzas a los rebeldes que acometieron la Sierra con la toma de Monobamba, un poblado desprotegido. El ataque, coronado por el éxito, puso trágico fin a las acciones bélicas de la campaña virreinal de 1746.

Los jefes militares, en junta reunida el día 20 de Agosto del mismo año, decidieron adoptar definitivamente una actitud conservadora frente a la rebelión. La expedición de Marzo había sido el último intento para capturar a Santos. La nueva táctica era aguardar al enemigo en territorio propio, donde fuesen los rebeldes los que tuvieran que tomar la iniciativa en un medio adverso a sus hombres y armas. Se intensificaba la vigilancia en la ceja de selva, evitando la infiltración de posibles enemigos. No era una renunciaba a la ofensiva, sino al carácter pretencioso de las anteriores empresas. Se acordó la construcción de dos fuertes en Chanchamayo y en Oxapampa, que servirían de avanzadilla en la Montaña y de puesto de control que evitase la incorporación de refuerzos serranos a los rebeldes.

La estrategia quedaba limitada a:

"refrenar los Indios, contenerlos en su montaña, y aún aniquilarlos...Y que en las ocasiones y oportunidades que juzgasen convenientes, se les hostilice y fatigue, sin permitirles seguridad ni sosiego con ligeras partidas, hasta aniquilarlos..." ¹⁹

17. AMICH: *op. cit.*; 193-194

18. *Ibidem*; p. 166

La acciones ofensivas se limitaron a poner precio a la cabeza de Juan Santos y esperar que las defecciones de sus hombres facilitasen su entrega.

El plan mantenía cerrada la región, pero esta circunstancia no preocupaba demasiado a las autoridades. Políticamente, la región carecía de otro interés que no fuese el de alejar a los portugueses de las zonas ricas del virreinato. La selva no era un área que desempeñase un papel importante en la vida económica del reino. Tampoco ofrecía un aporte sustancial en materia impositiva. Desde que se habían iniciado las entradas a la selva, tan sólo se habían asentado en ella misioneros acompañados, en ocasiones, por soldados que garantizaban su seguridad.

Los únicos disconformes con la política emprendida eran los franciscanos que veían perdido su campo de misión.

El cambio de táctica permitió que el líder rebelde tomase, por primera vez, la iniciativa en la contienda. La acción se desarrolló en forma de ofensiva encaminada a romper el cerco al que se encontraba sometido. El verano de 1751, las fuerzas rebeldes atacaron el poblado de Sonomoro, que había estado en poder de los españoles desde la primera expedición de Troncoso. En pocos días, fueron ocupados el astillero de Ata, Runatullo y otros pueblos cercanos a la localidad serrana de Andamarca. Alarmadas las autoridades iniciaron los preparativos para enfrentar el ataque a la ciudad que, sin embargo, no pudo ser evitado.

La localidad permaneció ocupada por espacio de dos días, al cabo de los cuales, las fuerzas rebeldes se retiraron a la Montaña por voluntad propia²⁰.

La última noticia de Juan Santos fue un amago de ataque a la población de Acobamba²¹. A partir de este momento, las noticias acerca del líder rebelde se hacen cada vez más raras, iniciando, el caudillo, su ingreso en la mitología selvática.

2.2. Juan Santos: ¿el invencible?.

La consideración de la revuelta como un precedente de los movimientos emancipadores ha hecho que sea considerada, junto a la Túpac Amaru II, como un episodio emblemático y susceptible de utilización política.

La interpretación tradicional contempla los hechos bélicos como un continuo éxito de los rebeldes que, con su continuada acción victoriosa, habrían demorado la incorporación de la región al virreinato durante más de medio siglo.

Tal interpretación responde más a un deseo que a una realidad histórica. Como hemos visto, la acción de fuerzas españolas mantienen dos líneas de actuación desde el comienzo

19. *Carta de Superunda a Ensenada*. (Lima, 31 de Julio de 1746). A.G.I.; Lima, 983

20. *Copia en un expediente legalizado de la Carta de Fr. Mauricio Gallardo a las Autoridades de la Provincia de Jauja* (Andamarca, 3 de Agosto de 1752). A.G.I.: Lima, 988

21. CASTRO: op. cit.; p. 137

de la represión. La primera, más conservadora, encaminada a limitar el levantamiento al área de la Montaña y a evitar que recibiese apoyos externos. La segunda línea, más agresiva, persiguió la derrota de los rebeldes y la captura de Juan Santos.

Para la contención del movimiento se crearon las dos unidades de caballería encargadas de la seguridad de la ceja de la selva, haciéndola impenetrable al movimiento o la recepción de refuerzos.

Las unidades, tipo sección ²², aprovecharon la movilidad y potencia de choque, característicos de este Arma para cumplir su misión, cubriendo una amplia faja de terreno.

Esta medida defensiva fue reforzada por otras como la creación de fuertes en lugares de paso estratégico.

Aunque hay algunas noticias de que el mensaje de Juan Santos alcanzó localidades de la sierra, nunca tuvo lugar el levantamiento masivo esperado por el caudillo y temido por las autoridades virreinales. Los rebeldes lograron franquear la línea defensiva establecida por los realistas que, en este sentido, podemos considerar un éxito.

Las operaciones ofensivas tuvieron dos formas. Por un lado, las intervenciones menos comprometidas, como el envío de "chunchos" ²³ para capturar al rebelde y la búsqueda de defecciones entre las gentes del "pretense Inca". Por otro lado, las acciones directas, como las tres grandes campañas descritas sucintamente.

Tanto estas operaciones como las de carácter defensivo respondían a las dos formas de entender la represión: la de los prácticos y la expuesta en la doctrina militar.

Las doctrinas estratégicas de la época ignoraban uno de los elementos de la acción: el terreno ²⁴ y planteaban los desarrollos tácticos en función del marco europeo. La guerra anglo-americana de 1775 es el más claro ejemplo de este desconocimiento. La emergente potencia británica se vio sorprendida por usos tácticos no ortodoxos pero de gran utilidad en un terreno diferente.

La actitud recomendada para enfrentar un movimiento de las características del surgido en la selva central peruana no era distinta a la aconsejada en el caso de que el levantamiento hubiese sucedido en la Alta Baviera: la eliminación inmediata del foco sedicioso:

22. Entre 100 y 150 hombres.

23. *Chuncho*: calificativo de carácter despectivos con el que los nativos serranos designan a los selváticos.

24. Según la mayoría de las doctrinas militares los *elementos de la acción* son cuatro: el hombre, el armamento y el material, el ambiente y el terreno, que es el escenario donde se desarrolla la acción; favorece o perjudica la actuación de las tropas, el empleo de sus armas, la observación y la dirección del combate.

"...porque à las Rebeliones sucede lo que a las fuentes: cerca de su origen fácilmente se atraviesan; lejos de su manantial ni aun con peligro se badean..."²⁵

La rapidez en la intervención se justificaba en la posibilidad de que los alzados:

"temerosos de la pena, abrazan el partido...del Soberano extranjero, que les ofrezca proteccion: Assi convendrá no perder tiempo en destruirlos, ó (si no ay otro remedio) en perdonarlos"²⁶

Desde el punto de vista puramente doctrinal, no existían dudas sobre de las medidas a tomar respecto a la revuelta: había que atajarla cuanto antes.

Frente a la literalidad de la doctrina, la postura de los prácticos de la región y de los militares más familiarizados con el terreno y sus dificultades, resultaba más transigente. Se aconsejaba una acción menos comprometida y más conservadora que limitase la propagación de la revuelta y controlase su extensión a la Sierra, emprendiendo acciones ofensivas que no comprometiesen directamente a las tropas españolas.

Este planteamiento resultaba, además, el menos oneroso para las arcas virreinales. La región no era rentable para la Corona. Sin ofrecer una contrapartida impositiva, consumía importantes partidas en las misiones evangelizadoras que el estado debía sufragar. Las quejas por la falta de apoyo económico de los franciscanos ante el Consejo, fueron constantes desde el s. XVII.

Tal como expresaba el Virrey Villagarcía a Ensenada, no tenía objeto consumir fondos en entradas para dominar unas tierras que no aportaban beneficio alguno.

De esta forma, se adoptaba finalmente la interpretación más flexible de la doctrina que, desde el principio habían expuesto los prácticos.

La estrategia adoptada definitivamente a partir de la entrada de 1746²⁷ además de cerrar el paso a la Selva, evitaba que los selváticos obtuviesen herramientas. Desde la llegada de los misioneros, los útiles metálicos, desconocidos en la región, se habían convertido en elementos imprescindibles para la vida en la Montaña. Los franciscanos conscientes de ello habían desarrollado una política de regalos para atraer a la población autóctona. Juan Santos -conocedor del método- se ofreció para sustituir los obsequios de los frailes:

"(tenía a) esta gente socorrida de buena herramienta de España y les tenía dicho que nosotros veníamos a engañar con herramienta pequeña y podrida"²⁸.

Dado que las herramientas ofrecidas por el rebelde procedían de los botines, la táctica defensiva cortaba su línea de aprovisionamiento, provocando, con ello, la irritación de los partidarios de Juan Santos:

25. PUERTO, Vizconde de: Reflexiones militares del...; Turín, Alexandro Vimercato, 1724; Tomo III, Lib. VIII, p. 168

26. Ibidem; p. 38

27. Amich habla de una entrada en 1750, sin embargo, las informaciones son escasas y poco fiables, por lo que no le prestamos atención.

28. Archivo de Límites, LEB, 12-20; cit. en MATEOS: op. cit.

*"Lo que prudentemente puede esperarse es que los Indios a quienes el rebelde ha mantenido alucinados con las falsas promesas de proveerlos de cuchillos y demás herramientas que tanto necesitan, depongan su engaño y exasperados de las tiranías practicadas con sus antiguos principales, y de que les falten las ocasiones de robar en las provincias, se deshagan de este impostor intruso y pague por medio de los mismos Bárbaros su delito, o den oydos a la comunicación de los misioneros siempre atentos a las ocasiones de reducirlos a la fee y a la debida subordinación."*²⁹

Los diez años de guerra fueron consecuencia de la incapacidad de las autoridades para comprender la realidad del medio, ya que, desde el punto de vista estratégico, el conflicto estaba dominado desde la campaña de 1742.

De las acciones emprendidas durante este año, la más efectiva de todas fue una de las menos "vistas": la creación de las dos unidades de caballería ya citadas. Con esta medida, la revuelta no pudo extenderse a la Sierra, donde se hubiese convertido en un grave peligro para el reino.

Al tiempo, el éxito parcial que supuso la toma de Quisopango, durante la entrada de Milla y Troncoso, , venía a demostrar cómo las fuerzas virreinales, bien dirigidas, podían lograr una alta efectividad en un medio tan adverso. Troncoso, en su marcha desde Sonomoro hasta el depósito de armas de Quisopango, atravesó la región, cruzó el Perené y pasó a espaldas del grueso de los rebeldes, en Eneo, burlando la supuesta superioridad de Juan Santos en el medio selvático. La última jornada, antes de alcanzar el objetivo, realizada de noche, demostró una sorprendente pericia de las fuerzas españolas que pone en tela de juicio la acusada incapacidad de éstos. Finalmente, la entrada en Quisopango evidenció la inoperancia de los alzados a campo abierto a las tropas represoras, lo que dejaba en evidencia las dificultades insalvables a las que Juan Santos se enfrentaría en un combate en las tierras altas .

El 9 de Octubre de 1742, fecha de la entrada de Troncoso en Quisopango, marcaba, por estas razones, el fin estratégico de la revuelta, cuya prolongación se debió a las circunstancias mencionadas.

Las dos entradas que siguieron a la de 1742, la de 1743 y la de 1746, fueron desafortunadas aplicaciones de una doctrina militar errónea, que sirvieron para renovar los ánimos de los alzados y mantener la situación.

Con todo y pese a ello, los resultados cosechados por ambas expediciones no fueron tan negativos como algunos historiadores se han empeñado en demostrar. En los sucesos que desembocaron en la toma de Quimiri (1745), Castro entiende que la acción de los indios situados en Buena Vista fue todo un modelo de acoso guerrillero que obtuvo como resultado el agotamiento y la crispación de las tropas del General Santa. En realidad, la hueste española, desplegada en orden de combate tropezó con algunos hombres de Juan Santos, que se dispersaron tras los primeros disparos. El cansancio referido en el diario de la

29. FUENTES, Manuel Atanasio: Memorias de los Virreyes que han gobernado el Perú durante el tiempo colonial español. Lima, Bailly, 1859; vo. IV, p. 105

expedición, interpretado por Castro como prueba del éxito de los levantados, fue el fruto natural de un avance en orden de combate, donde la seguridad prima sobre la velocidad y la comodidad de la marcha, máxime en un medio tan áspero.

3. EL MILENIO SELVÁTICO.

Tal como se ha destacado, la rebelión selvática y la de Túpac Amaru II fueron movimientos importantes por su desarrollo bélico y su envergadura, tanto en extensión geográfica como cronológica. Otro elemento característico de ambos ha pasado más desapercibido: su mesianismo.

Sobre la revuelta de Juan Santos existe una obra que aborda, de forma particular, sus aspectos milenaristas -Zarzar: "Apo Capac Huayna, Jesús Sacramentado." Mito, utopía y milenarismo en Juan Santos Atahualpa-³⁰. La propuesta de Zarzar, sustentada en los escasos textos conservados, mantiene la *convivencia* de dos discursos en el credo de Juan Santos: el milenarismo joaquinista y la "*utopía andina*" que ansiaba la reconstrucción del *Tahuantisuyu*. Conforme transcurrió el tiempo, la mayor presencia de la heterodoxia cristiana iría cediendo paso a un discurso fundamentalmente nativista y antioccidental.

La ideología del caudillo selvático habría atravesado tres estadios:

- mesianismo cristiano y milenarista (1742),
- síntesis entre el milenarismo cristiano y la visión andina (1747) e
- Inca utópico, encarnación de Inkarrí (1752)³¹

La doctrina de Juan Santos presenta unas características religiosas originales. Si prestamos atención al levantamiento de Huarochirí (1750) o al encabezado en Moquegua por Juan Vélez de Córdoba (1737), vemos que, aunque en los dos existen referencias a *legítimos* herederos de la *mascaypacha* incaica, ninguno llega a los extremos de Juan Santos en sus prédicas.

Zarzar ve en las informaciones, una asimilación entre las concepciones milenaristas cristianas y las andinas, observando una paulatina andinización del mensaje de Juan Santos, cuya radicalidad termina rompiendo con la Iglesia y manteniendo exclusivamente la trayectoria no cristiana. El planteamiento del caudillo retomarí la concepción joaquinista de la historia y establecería tres edades: la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. Paralelamente al planteamiento del benedictino, manteniendo otras tres edades andinas: el tiempo de los Incas, el tiempo de los Españoles y su propio tiempo, permitiendo la identificación entre el propio Juan Santos y la Tercera Persona de la Santísima Trinidad:

*"Dice, pues: a la tercera Persona Divina le convienen el nombre de Santo (saca por menor) y tengo por nombre Santo: luego soy el Espíritu Santo."*³²

30. ZARZAR, Alonso: "Apo Capac Huayna, Jesús Sacramentado." Mito, utopía y milenarismo en Juan Santos Atahualpa. Lima, C.A.A.A.P., 1989

31. *Ibidem*; p.

Aunque la propuesta de Zarzar encuentra bases en la documentación, aparecen preguntas a las que aún no se les ha dado respuesta. La principal de ellas es la intromisión en el mundo andino de la ideología de un fraile italiano semiherético del s. XIII.

Es un hecho reconocido la lentitud con la que los misioneros lograron la conquista espiritual del hombre americano. Si analizásemos el fenómeno de la evangelización a la luz de las mentalidades con que los pioneros la iniciaron, durante el s. XVI, deberíamos admitir que el proceso conversor, a cinco siglos de su comienzo, aún no se ha completado, ni tan siquiera en las regiones más intensamente aculturadas. Si la ortodoxia ha tardado tanto en ser asumida por los neocatecúmenos, ¿por qué ideas heterodoxas habrían de ser aceptadas más rápidamente?, teniendo en cuenta, además, las exigentes trabas que llegaron a imponer las autoridades españolas civiles y religiosas para impedir el paso de ideas de corte herético³³?. Es posible que pasasen a Indias religiosos "iluminados". Los historiales del Santo Oficio, recogen varios casos investigados en el Virreinato peruano, pero la transmisión de estas ideas a grupos numerosos de indígenas requería la labor continuada de bastantes miembros de una comunidad, durante un lapso prolongado, circunstancia altamente improbable debido a la fiscalización del Regio Patronato. En la región selvática, donde tuvo lugar la revuelta de Juan Santos, la reciente evangelización hacía poco probable la contaminación, aun más si tenemos en cuenta el rechazo frontal que los selváticos habrían mostrado hacia la nueva religión. Tampoco tenemos noticias de la presencia de frailes sospechosos de joaquinismo en la región, que hubiesen atraído la intervención de las autoridades del Santo Oficio.

La posible explicación sería que la similitud entre el planteamiento joaquinista y la cosmovisión indígena facilitase la asimilación. Pero este camino no ha sido suficientemente explorado para hacer esta suposición.

Otro problema es el medio por el cual Juan Santos fue influido por las ideas de De Fiore. Si hacemos caso a la mayoría de las informaciones que poseemos, el líder rebelde no se formó entre franciscanos, lo que haría más posible el contacto, sino que habría sido educado entre jesuitas, cuyos miembros no han aparecido históricamente vinculados con las ideas del abad calabrés. Es más, la actitud de Juan Santos es ligeramente hostil a los miembros de la Orden de San Francisco. ¿Cómo pudo conocer el caudillo las concepciones joaquinistas?

La única posibilidad es que el líder rebelde hubiese estado en contacto con algún jesuita heterodoxo. Esta circunstancia, dada la sólida formación que recibían los miembros de la Compañía y su fidelidad tradicional a los dictados romanos es bastante difícil. Sin

32. *Segunda Relación de la Doctrina, errores, y heregias que enseña el fingido Rey Juan Santos Atagualpa, Apuinga, Guainacpac, en las Misiones del Cerro de la Sal...* en CASTRO: **op. cit.**; Documento no. 2

33. Una posible explicación es que la doctrina heterodoxa, con una concepción tripartita de la historia, fuese más asumible por una cultura de cosmovisión cíclica. Aunque dadas las limitaciones impuestas por las autoridades religiosas, esta relación resultase difícil.

embargo, se nos ocurre una posibilidad que no parece haber sido puesta en el candelero hasta ahora. En el trabajo de Egon Schaden sobre los movimientos milenaristas que tuvieron lugar en el área tupi-guaraní, se establece una interesante propuesta³⁴. El éxito religioso y profano de las reducciones jesuíticas estuvo basado en la conjugación de dos fenómenos milenaristas de distinto tipo. Por un lado, el mesianismo geográfico vinculado a la mitología tradicional de la zona, que atribuía a los "pais" -héroes culturales- el papel de conductores a la salvación -tierra sin mal- durante el inicio de los cataclismos escatológicos. Por otro, el milenarismo de los religiosos católicos, imbuidos en la idea de la creación de una nueva cristiandad, limpia de los vicios que habían corrompido a la antigua. Mientras los jesuitas vieron en la colaboración entusiasta de los guaraníes una prueba del milenio feliz que se estaba iniciando, los naturales, a su vez, proyectaron, en los padres a sus propios héroes, llamando incluso "pais" a los misioneros. Esta combinación de "milenarismo" sería la explicación del éxito sin precedentes que tuvieron los establecimientos de la Compañía, retomando una idea que había germinado en los albores de la conquista, pero que nunca fue puesta del todo en práctica: la separación de Repúblicas. Los únicos europeos que estarían en contacto con los indígenas serían los propios Padres que ejercían, además de su labor apostólica, una función de padrinazgo de los aborígenes en los campos profanos que requiriesen relación con la República de españoles.

La idea llevada a la práctica en Paraguay y Norte de Argentina es la que planteaba Juan Santos, cuyo deseo era una radical separación de las Repúblicas, expulsando a los grupos alógenos de América y manteniendo tan sólo a los Padres de la Compañía.

Si, tal como hemos visto, es más que posible la vinculación del líder rebelde con los jesuitas, no tendría nada de extraño que las ideas aparecidas en su credo tuviesen este origen.

Otra circunstancia no contemplada por Zarzar es la vinculación entre las edades del mundo, según la concepción de la historia joaquinista y la andina. Las edades en que la cosmovisión andina articulaba la historia, antes de la llegada de los españoles eran, generalmente, cuatro. El número tres no aparece mencionado entre los cronistas que recogieron la cosmovisión de los vencidos. ¿Cómo, entonces, articular la concepción tripartita cristiana con la andina?. Sabemos que en el s. XX la imagen de una historia dividida en tres edades aparece ya incorporada a la cosmovisión andina³⁵, pero desconocemos en qué momento tuvo lugar esta asimilación.

Queda otra pregunta más: el esquema que hemos presentado es válido para las culturas serranas. Si bien Juan Santos y algunos de sus seguidores podían haberse dejado llevar por él, la mayoría de los comprometidos en la revuelta son selváticos y, por lo tanto,

34. cif. SCHADEN, Egon: "*El mesianismo en América del Sur*" en PUECH, Henri-Charles (comp.): *Movimientos Religiosos derivados de la aculturación*. Madrid, Siglo XXI, 1983

35. MARZAL, Manuel: *El sincretismo religioso iberoamericano*. Lima, P.U.C.P., 1988

alejados del universo mental andino. ¿Cómo explicar la aceptación de un planteamiento ajeno a la cultura regional?³⁶.

La pretensión de identificar la ideología del movimiento de Juan Santos con el joaquinismo resulta bastante fantasiosa y, sin embargo, no se encuentra demasiado descaminada. El error parte de la asunción de los planteamientos de la "utopía andina" tal como fueron enunciados por Flores Galindo. En palabras de éste, la *utopía andina* sería la *mitificación del pasado pre-hispánico*³⁷, y los fenómenos que origina, en modo alguno, pueden ser considerados como mesianismos ni milenarismos, dado que estos movimientos *son productos de mentalidades judeocristianas*³⁸.

Según esto, el milenarismo joaquinista no sería el mismo fenómeno que la utopía andina, pero tendrían elementos semejantes, que harían posible que una concepción sustituyese a la otra en la ideología de la rebelión.

La aceptación del planteamiento de Flores supone también la asunción de sus errores. El principal de ellos es el desconocimiento del concepto de "milenarismo".

Al igual que otros conceptos que han llegado a circular fuera del campo original, "mesianismo" y "milenarismo" han sufrido una vulgarización debido a un uso indiscriminado y poco metódico. Pese a que en su origen el término milenarista se encuentra en el libro del Apocalipsis de San Juan³⁹, la moderna ciencia de las religiones le da un significado que lo desgaja de la tradición cultural judeo-cristiana:

*"El término milenarista no se emplea en su sentido histórico limitado y específico, sino tipológicamente, para caracterizar los movimientos religiosos que esperan una salvación colectiva, inminente, total, última y terrenal."*⁴⁰

La ideología predicada por Juan Santos pudo ser milenarista sin por ello tener relación alguna con el joaquinismo. Los elementos semejantes que aparecen en los dos planteamientos no tienen que ser conexiones, sino categorías comunes a un género de fenómenos sociales.

En el mundo andino, la llegada de los españoles pudo ser interpretada como un "pachacutic" -momento de inversión del mundo entre los distintos ciclos de la historia-. La cosmovisión entendía estos lapsos como la inmersión en el caos que daba paso a la reordenación de un héroe cultural. El Inca, como figura mítica, fue asumiendo este rol en el mundo mental andino, al tiempo que su historicidad se iba diluyendo. Si en los primeros fenómenos vinculados a la "utopía andina" -como el Taki Onqoy- no existían referencias al

36. Aunque no se trata de un fenómeno único como sucede con Santiago entre los chiriguano o el Inca Pedro Bohorquez en Tucumán.

37. BURGA, Manuel y Alberto FLORES GALINDO: "La utopía andina" en *Allpanchis*, XVII, no. 20

38. BURGA: *Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas*. Lima, I.E.P., ; p. III

39. Ap. 20; 1-3

40. TALMON, YONINA: "Milenarismo" en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar, 1975, vol VII; p. 104

papel del soberano cuzqueño, en los sucedidos a partir del s. XVII, el Inca adquiere protagonismo, asumiendo, tal vez, elementos propios del *mesías* cristiano.

En el discurso de Juan Santos, aparecen elementos vinculados con esta concepción de la historia. Por un lado, se hace referencia a que el tiempo de los españoles ha llegado a su fin:

"...que ya a los españoles se les acabó su tiempo, y a él le llegó el suyo."⁴¹

Aunque se puede tratar de una simple figura literaria, es la misma imagen que aparece en la documentación sobre el Taki, donde es la *mita* del Dios de los españoles la que ha llegado a su fin, para ceder paso al tiempo de las huacas⁴².

Esta sería la más clara de las referencias a una alternancia de edades. La relación entre las edades andinas y las edades joaquinistas no parece ir más allá de la concepción de un tiempo cíclico habitual en las mitologías que pueden albergar movimientos de este tipo⁴³. El anhelo de una salvación total, colectiva y mundana no es más que la proyección en el futuro del recuerdo de la *edad dorada* primordial bajo la forma de un *tiempo perfecto*.

Sin entrar a fondo en los orígenes y causas de los fenómenos milenaristas, éstos pueden aparecer en cualquier cultura que posea mitos que los amparen, y que atraviese unas condiciones de crisis y desestructuración.

Juan Santos se presenta a sí mismo como un ser semidivino, enviado de Dios⁴⁴, pero subordinado a lo sagrado y de peculiar ascetismo⁴⁵. Paulatinamente el mensaje se va transformando y su papel adquiere un valor mayor hasta que declara ser el Espíritu Santo⁴⁶. Este es precisamente el rasgo que permite pensar en una asimilación de las ideas joaquinistas. La versión popular del joaquinismo reduce esta doctrina a la concepción tripartita de la historia del mundo, cuya última edad, la del Espíritu Santo, correspondería al milenio apocalíptico y sería anunciada por un "*alter Christo*" que no pocos identificaron con el seráfico fundador de los franciscanos. Juan Santos desempeñaría los dos papeles protagonistas en los movimientos de este tipo. En la primera época sería el *anunciador* de la nueva edad y, más tarde, asumiría el rol divino primordial.

El elemento que alejaría el discurso de Juan Santos del joaquinismo popular, sería su *americanización*, extendiendo la radical separación de Repúblicas al ámbito de lo sagrado y

41. Carta de Fr. Manuel del Santo, Fr. José Cabanes y Fr. Domingo García a Fr. José Gil Muñoz...

42. MILLONES, Luis: **Historia y poder en los Andes Centrales**. Madrid, Alianza, 1987; p. 169

43. Algunos autores conciben la imagen de la historia judeo-cristiana de la historia como esencialmente lineal, sin prestar atención a la relativa modernidad de este modelo que vino a sustituir a una concepción cíclica de la historia donde sucesivas humanidades fueron destruidas, dando paso a nuevos ciclos históricos, quedando en la actualidad todavía huellas visibles en los mitos del diluvio y de la destrucción de Sodoma y Gomorra.

44. Copia de la relación o carta escrita por el reverendo padre Fr. Joseph Gill Muñoz...

45. Diario del secretario de Troncoso (Día 29)...

46. Segunda Relación de la Doctrina, errores, y heregias...

adoptando una idea tradicional del mundo indoamericano: la existencia de divinidades diferentes para españoles y naturales, con campos de acción separados:

*"se hace creer que es hijo de Dios Sacramentado, blasfemia tan horrible que pide justicia al Cielo. Dice también que es el Espíritu Santo, que sólo él tiene potestad en la América, de quien es Dios absoluto."*⁴⁷

La concepción milenarista en torno a la revuelta no acaba con la desaparición del caudillo. Lo incierto de su muerte facilitó el tránsito de su figura al plano mítico y, muy poco después de los episodios históricos, era fácil recoger leyendas que explicaban la sobrenatural ausencia de Juan Santos. Las leyendas hablan de la ascensión del caudillo a los cielos o de su descenso a los infiernos, abandonando el plano intermedio o mundano y *exiliándose* en los *mundos reales*, en espera de retornar a cumplir su misión. Hoy en día, todavía se aguarda su retorno para conducir al pueblo campá a la *"tierra sin mal"*⁴⁸.

47. *Ibidem*

48. Ver REGAN, Jaime: *Hacia la Tierra sin Mal: estructura de la Religión del Pueblo en la Amazonia*. Iquitos, C.E.T.A., 1983